

**Bosquejo de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de primavera del 2008**

TEMA GENERAL: LOS CREYENTES

Mensaje treinta y siete

**Su presente: disfrutar la impartición de la Trinidad Divina
en la transformación divina con miras a la conformación divina**

(1)

Lectura bíblica: 2 Co. 3:18; Ro. 8:28-29; 12:2; Fil. 3:10; He. 10:19-20; 1 P. 2:21

- I. Ser transformados es permitir que Cristo se añada a nuestro ser a fin de reemplazar lo que somos, de modo que Él crezca en nosotros y nuestra vida natural mengüe; la transformación es un metabolismo divino y espiritual que se produce al añadirse el nuevo elemento de Cristo como el Espíritu vivificante, y al ser descartado el viejo elemento de nuestro ser natural, lo cual nos hace una nueva creación—2 Co. 3:18; Ro. 12:2; Gá. 6:15; Jn. 3:30; Col. 2:19:**
- A. Nuestra vida cristiana y nuestra vida de iglesia son una vida que va “de gloria en gloria”; la gloria es el Cristo resucitado, el Cristo que “florece”, quien es el Espíritu vivificante—2 Co. 3:18—4:1, 16-18; Jn. 12:23-24; 17:1; Lc. 24:26:
1. Ahora que el Espíritu mora en nuestro espíritu, debemos ejercitar cada vez más nuestro espíritu, al orar, leer la Palabra e invocar el nombre del Señor—2 Co. 3:17; Sal. 71:14; Pr. 4:18-23; Jue. 5:31; Mt. 13:43.
 2. Somos transformados por medio de la renovación de nuestra mente; la mente no sólo debe ser un órgano dependiente, sino que también debe ser renovada—Ro. 12:2; 8:6; cfr. 7:25.
 3. Somos transformados al ser renovados en el espíritu de nuestra mente; el espíritu mezclado se propaga en nuestra mente hasta saturarla, poseerla, conquistarla, subyugarla y dominarla; de este modo, automáticamente somos renovados en nuestra parte emotiva y en nuestra voluntad, puesto que la mente calibra nuestra parte emotiva e influye sobre nuestra voluntad—Ef. 4:23.
- B. El resultado de ser transformados por medio de la renovación de la mente es que los creyentes llegan a ser materiales preciosos —oro, plata y piedras preciosas—, para la edificación de la iglesia—1 Co. 3:9-12; Sal. 68:11-13, 19-20:
1. El oro, la plata y las piedras preciosas representan diversas experiencias que tenemos del Dios Triuno como también atributos del Dios Triuno: Dios el Padre en Su naturaleza divina es el oro, Dios el Hijo en Su redención es la plata y Dios el Espíritu en Su obra transformadora es las piedras preciosas—1 Co. 3:12a.
 2. La transformación es el proceso en el cual los atributos del Dios Triuno se forjan en los creyentes buscadores hasta convertirse en las virtudes de ellos; esta transformación ocurre únicamente en la vida apropiada de iglesia con la ayuda de los perfeccionadores, los “transformadores”, quienes cooperan con el Dios Triuno que transforma—Cnt. 1:10-11; Ef. 4:11-12.
 3. A medida que la corriente de la vida divina fluye en nosotros por medio de nuestra práctica de hablar con el Señor constantemente, en medio del calor y la presión, nosotros participamos de la divinidad de Dios, lo cual nos hace iguales a Dios en vida y en

naturaleza mas no en la Deidad, con miras a Su expresión agrandada y expandida—Fil. 2:5; 4:6; Jn. 3:15; 2 P. 1:4; Ef. 3:16-21.

II. La transformación resulta en que seamos conformados a la imagen del Hijo de Dios, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos; ser conformados a Cristo es nuestro futuro y nuestra destinación—Ro. 8:28-29; Jer. 48:11:

- A. La transformación es una experiencia interna y supone un cambio metabólico en forma, mientras que el proceso de conformación es externo y denota la acción moldeadora de la vida divina, la cual nos da una forma definida, nos amolda, para que tengamos la imagen del Hijo primogénito de Dios.
- B. Necesitamos ser salvos en la vida de Cristo de nuestra propia semejanza a fin de tener la semejanza de los hijos de Dios; ser salvos de nuestra propia semejanza equivale a ser conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios con miras a Su expresión corporativa—Ro. 5:10.
- C. Actualmente nos encontramos en el proceso de madurez, es decir, en el proceso de transformación y conformación, mediante el cual llegamos a ser hijos de Dios en realidad, a fin de que el Señor recobre la expresión de Dios—He. 6:1a; 2:1, 3, 10-11.
- D. Con respecto a esto, nuestro esfuerzo propio de nada sirve; lo único que prevalece es la vida divina, la cual crece en nosotros, nos santifica, nos transforma y nos amolda; lo que necesitamos es experimentar la vida divina de una manera más completa—Ro. 8:2, 6, 10-11.

III. Estamos siendo configurados a la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección—Fil. 3:10; Jn. 12:23-26, 31-32; 14:20, 30, 23:

- A. Hemos sido bautizados en Cristo y puestos en Cristo; puesto que estamos en Él, todo lo que Él ha experimentado llega a ser nuestra historia—Gá. 3:27; 1 Co. 1:30.
- B. Debemos orar pidiéndole al Señor que nos dé una clara visión del hecho de que estamos en Él y de que hemos sido crucificados juntamente con Él; la frase “sabiendo esto” en Romanos 6:6, en efecto, se refiere a ver un hecho en una visión espiritual.
- C. Con base en el hecho de que nuestro viejo hombre, nuestro ser caído y natural, ha sido crucificado juntamente con Cristo, debemos cooperar con el Espíritu que mora en nosotros para crucificar la carne, que es la expresión de nuestro ser en nuestro vivir cotidiano—Gá. 5:16, 24.
- D. Hacer morir por el Espíritu las prácticas del cuerpo es un ejercicio constante y diario, y significa que no vivimos habitualmente conforme a la carne; para ello, se requiere que coordinemos con el Señor ejercitando nuestra voluntad; debemos tomar una firme decisión y decir: “Señor, estoy de Tu lado. Deseo ser configurado a Tu muerte. Señor, ten misericordia de mí para que ya no viva habitualmente conforme a la carne y para que deseche todos los hábitos de mi vida natural”—Ro. 8:13; 1 Ti. 4:7; Fil. 1:21a.
- E. Debemos tomar el molde de la muerte de Cristo como el molde de nuestra vida; el molde de la muerte de Cristo se refiere al hecho de que Él continuamente hizo morir Su vida humana, a fin de vivir por la vida de Dios—Jn. 5:19, 30; 6:57; Is. 7:14-15.
- F. Al ser configurados a tal molde, morimos a nuestra vida humana, a fin de vivir por medio de la vida divina; es así como somos configurados a la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección, lo cual nos libra del yo introspectivo—Cnt. 2:9, 14.
- G. Ser configurados a la muerte de Cristo debe ser nuestra experiencia diaria—1 Co. 15:31.
- H. Llevar la cruz es permanecer continuamente bajo el aniquilamiento de la muerte de Cristo para poner fin a nuestro yo, a nuestra vida natural y a nuestro viejo hombre—Mt. 16:24.
- I. Llevar la cruz no significa alejarnos de la cruz, sino permanecer en la muerte de Cristo y hacer de Su muerte nuestro hogar; una persona que lleva la cruz es alguien que se identifica plenamente con la cruz y que es inseparable de la cruz—Gá. 6:17; cfr. Ap. 21:21.

- J. La experiencia genuina de negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y perder la vida de nuestra alma, ocurre únicamente cuando estamos en la comunión del Espíritu Santo, es decir, a medida que recibimos a Dios en nuestro espíritu para expresarlo por medio de nuestra alma, a fin de que Él sea nuestro gozo inefable; es únicamente al vivir en la comunión del Espíritu Santo que nuestra vista ve cosas reales y nuestra experiencia tiene experiencias reales—2 Co. 13:14; Sal. 43:4a; Jn. 16:13.
- K. Con relación a los creyentes, perder la vida del alma significa aborrecer (no amar más que al Señor) a padre, madre, esposa, hijos, hermanos, hermanas y, más aún, aborrecer la vida de su alma, a fin de que su alma pueda ser salva del castigo dispensacional en la era venidera y participar en el gozo del Señor—Mt. 10:37-39; Lc. 14:26; 1 P. 1:9; Mt. 25:30; 24:51; He. 10:39.

IV. Disfrutamos la impartición del Dios Triuno en la transformación divina con miras a la conformación divina al entrar en el Lugar Santísimo por medio de la sangre de Jesús, a fin de seguir a Jesús—vs. 19-20; 1 P. 2:21:

- A. El Lugar Santísimo hoy en día está en el cielo, donde el Señor Jesús está, pero el propio Cristo que está en el cielo ahora está también en nuestro espíritu; cuando nos volvemos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, entramos por la puerta del cielo y contactamos a Cristo como Aquel que es el trono de gracia y la escalera celestial, a fin de que Dios se infunda completamente en nuestro ser y nosotros seamos unidos a Dios—He. 9:12, 24; 4:16; Gn. 28:10-12, 17; Jn. 1:51; Ef. 2:22; 2 Ti. 4:22.
- B. Cuando nos acercamos a Cristo, el trono de la gracia, la presencia reinante del placentero Dios, en nuestro espíritu, lo recibimos a Él como misericordia y lo hallamos como gracia para el oportuno socorro, el cual se ajusta exactamente a nuestra situación y necesidad—He. 4:16.
- C. Después de indicarle a Pedro con qué muerte glorificaría a Dios, el Señor Jesús le dijo: “Sígueme”—Jn. 21:19:
 - 1. El “Me” de sígueme, a quien nosotros debemos seguir está en nosotros; debemos seguir al Señor no según nuestra propia voluntad, sino conforme a Su dirección—v. 18; Ro. 8:14.
 - 2. Además, debemos seguirle sin importarnos lo que otros hagan; cuando Pedro le preguntó acerca de Juan, el Señor en su respuesta le quiso decir a Pedro que lo que le sucediera a Juan no era asunto suyo y que Pedro simplemente debía seguirle—Jn. 21:20-22.
- D. Seguir al Señor es penetrar detrás del velo y salir del campamento—He. 6:19-20; 13:13; Éx. 33:7-11, 14:
 - 1. Penetrar detrás del velo es entrar en el Lugar Santísimo, nuestro espíritu, donde el Señor se halla entronizado en gloria, y salir del campamento es salir de la religión, de donde el Señor fue expulsado en señal de rechazo—cfr. 1 P. 2:21.
 - 2. Cuando entramos detrás del velo al tornarnos a nuestro espíritu, gustamos de la dulzura del Cristo celestial, a fin de ser fortalecidos para salir del campamento, abandonando la tierra y su amor.
 - 3. Cuanto más permanezcamos en nuestro espíritu, disfrutando al Cristo celestial, más saldremos del campamento de la religión, siguiendo al Jesús sufridor.
 - 4. Penetrar detrás del velo es estar en el Lugar Santísimo, en la esfera divina y mística de nuestro espíritu, donde participamos de Cristo y le disfrutamos como el maná escondido, la vara que reverdece y la ley de vida, lo cual resulta en la expresión corporativa de Dios para el cumplimiento de Su propósito eterno—He. 9:3-4.